

Alfonso BOTTI, *Con la Tercera España. Luigi Sturzo, la Iglesia y La Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza Editorial, 2020, 306 pp. ISBN 978-84-9181-856-4

El hispanista italiano Alfonso Botti, conocido y valorado en España a raíz sobre todo de su libro sobre el *Nacionalcatolicismo* nos ofrece ahora este oportuno y documentadísimo libro que toma pie en los esfuerzos desplegados por el sacerdote italiano Dom Luigi Sturzo —una figura que no tiene parangón entre el clero español de la época, ni tampoco en el europeo, si se le enfoca como dirigente político— para, en estrecho contacto con sus corresponsales españoles y movilizándolo al propio tiempo la nómina de apoyos políticos e intelectuales con que contaba intentar acordar un armisticio que abriera paso a la paz religiosa y civil que pusiera término a la guerra que había estallado en julio de 1936. El libro, además, ofrece una aguda visión sobre el papel del Vaticano y del pontífice Pío XI, la jerarquía española y los reducidos núcleos de católicos que mantenían contacto con el clérigo italiano y cooperaban con él en la busca de dicha solución a la contienda civil. Uno de estos raros católicos fue Alfredo Mendizábal, principal corresponsal de Dom Sturzo y el representante más cualificado según Botti de la *Tercera España*.

El autor, que previamente había trabajado sobre su correspondencia (editó el libro *Luigi Sturzo e gli amici spagnoli*, Rubbettino editores, 2015) se remonta a las primeras noticias que se dieron, en medios periodísticos españoles, de la entrada en la escena política italiana del PPI (*Partito Popolare Italiano*) y de la dimisión posterior de Sturzo por indicación del Vaticano, en gran medida por su oposición al ascenso al poder de los fascistas. Refiere también la formación en España, siguiendo la misma tendencia de intervención directa de los católicos en política, del Partido Social Popular, aunque mostrando notorias diferencias respecto del modelo italiano y de su impulsor por cuanto el grueso de sus cuadros confluía en la Unión Patriótica de Primo de Rivera. En todo caso, fue un destacado miembro del grupo popular español, Severino Aznar, quien primero entró en contacto directo con Sturzo, poco tiempo antes de que éste tomara la decisión de exiliarse en Londres, en el otoño de 1924.

A ese primer contacto seguirían otros, todavía en los años 20, con Maximiliano Arboleya, Ángel Ossorio y Gallardo o Mariano Ruiz Funes, además de la publicación, con prólogo de este último del libro de Sturzo, *Italia y el fascismo*. No obstante la relación más estrecha la anudaría con los círculos del catolicismo democrático catalán (el periódico *El Matí*, Jaume Ruiz Manent) que darían lugar al nacimiento de *Unió Democràtica de Catalunya*, lo que permite entender su sensibilidad hacia los nacionalismos periféricos españoles. Mayor importancia tendría la relación que estableció con Alfredo Mendizábal que iba a convertirse en su interlocutor español más asiduo. Al hilo de la misma, Botti va desvelando la postura muy crítica de Sturzo respecto de la línea seguida frente a la República por la Iglesia

española y la derecha católica, precisamente por sus resistencias declaradas a aceptar el nuevo régimen cuya realidad y la de la propia España tuvo ocasión de conocer directamente merced a un viaje realizado en el verano de 1934. Poco tiempo después sucedería la huelga general de octubre y los hechos revolucionarios de Asturias que a punto estuvieron de acabar con la vida de Mendizábal quien, pese a ello, supo sacar consecuencias que situaban la responsabilidad de dichos sucesos mucho más en los ambientes conservadores y en el integrismo eclesiástico por no haber impulsado el crecimiento de las corrientes del catolicismo social. Valoración con la que sintonizaba plenamente Sturzo el cual, marcaría aún más distancias posteriormente tanto con la CEDA como con la propia Iglesia exhortando a sus amigos españoles a no ligar los asuntos políticos a la suerte de esta última.

Con esos antecedentes, el desencadenamiento de la Guerra Civil acrecentó aún más en el sacerdote italiano su interés e implicación en los asuntos españoles. Desde su exilio en Londres, y aún reprobando la violencia y sinrazón de ambas partes, no por ello justificaba la mayoritaria toma de posición de la Iglesia española a favor de los sublevados aún cuando eso no significa que a Sturzo no le pareciera un error de primer orden el que el gobierno de Madrid no tomara públicamente distancias y adoptara medidas eficaces respecto de la violencia anticlerical desatada en la zona republicana tras el comienzo de la guerra. Desgraciadamente el Vaticano, pese a proyectar inicialmente un pronunciamiento pontificio pidiendo el cese de las hostilidades, tomó partido pronto por el bando rebelde, dando su bendición a quienes habían asumido la tarea de “defender y restaurar los derechos de Dios y de la religión”.

El pontífice se alejaba, pues, de la posición pacificadora y mediadora que a juicio de Sturzo debería de haber adoptado la Iglesia. También rechazaría tempranamente la consideración de la guerra como *cruzada*, pero no ahorraba críticas tampoco al gobierno de la República por no haber hecho nada por diferenciar el problema religioso del político-militar de los sublevados... En este punto el sacerdote siciliano parecía criticar implícitamente el silencio de Pío XI al evocar los llamamientos a la paz y al cese de hostilidades hechos por Benedicto XV ante los horrores de la Gran Guerra. Unos planteamientos, los de Sturzo que reflejarían una “equidad moral jansenista”, según un importante intelectual italiano de la época e interlocutor suyo, Gaetano Salvemini.

En un contexto internacional, el de comienzos de 1937 en el que la Santa Sede, influida por los informes de Gomá, se estaba inclinando claramente hacia el lado de Franco (pese a que en un plano más general, Pío XI parecía cada vez más consciente y alarmado de la amenaza que suponía no solo el comunismo, sino también el nazismo y su aliado fascista) pero en el que diversos medios influyentes del catolicismo democrático europeo no suscribían los planteamientos vaticanos, fueron cristalizando algunas iniciativas diplomáticas, formación de comités para la paz en España, llamamientos de intelectuales católicos en orden a impulsar un armisticio, seguido de una mediación internacional. Aquí se inscribiría la implicación de Sturzo en la puesta en marcha de los comités por la paz civil y religiosa en España ya que tanto él como otros católicos estimaban que el fin de las hostilidades debería de venir acompañado no solo de la instauración de una paz civil, sino de una pacificación religiosa que en el pensamiento del italiano resultaba indisociable de su aspiración a separar a la Iglesia de la solidaridad con los insurgentes.

Se logró así poner en pie, en París, a finales de abril de 1937 el *Comité pour la paix civile en Espagne*, coincidiendo prácticamente con el bombardeo por la Legión Cóndor de la población vasca de Guernica sobre cuya autoría Sturzo no tuvo dudas, en tanto que la Santa Sede, pese a estar bien informada a través del canónigo Alberto Onaindía y del propio gobierno vasco optó por suscribir la versión de Gomá y de los franquistas. Pues bien, a la creación del comité citado seguiría la de otros comités nacionales, un proceso complicado

y en cuyo decurso tendrían lugar otros hechos relevantes para la problemática aquí tratada, como la Carta colectiva de los obispos españoles (sobre cuyo cuya gestación y contenido el libro contiene páginas muy esclarecedoras) o los bombardeos sobre Barcelona. Un documento, el citado, que cabe inscribir también en el contexto de la guerra de propaganda entre diferentes sectores del catolicismo europeo deteniéndose en la creación de revistas como *Occidente/Occident* o de libros como *La Persécution religieuse en Espagne* para contrarrestar voces como las de Maritain, Mauriac, Bernanos y otros intelectuales, situados en posturas de mediación o favorables a la República.

Desde luego, como subraya Botti, la Carta desempeñó eficazmente su función, en el sentido de hacer virar a la opinión católica internacional a favor de la causa franquista. El trabajo de formación de comités, no obstante, siguió su curso, lográndose, por fin, erigir el británico (muy a comienzos de 1938), después de que lo hubieran sido el francés y el español cuya labor en lo inmediato se había centrado en lograr el cese de los bombardeos y conseguir una tregua para la Navidad de 1937. Mientras, Sturzo proseguía su labor de persuasión con diferentes interlocutores y le daba vueltas a sus planes de una paz de conciliación, cuyo esquema o *draft* tenía ya bastante avanzado en los primeros meses de 1938. Contemplaba un armisticio de un mes de duración y la estipulación de las condiciones para el cese de la guerra con la garantía de las potencias.

Arreciaban entre tanto los bombardeos sobre Barcelona y se preparaba un congreso en París de los comités por la paz, para cuyas deliberaciones serviría de base la versión definitiva o *Mémoire* escrita por Sturzo con la ayuda de otras personas. En ella se modificaban y perfilaban mucho más los puntos iniciales, se preveía la formación de un gobierno provisional que redactara una constitución también interina, se contemplaban garantías para los casos vasco y catalán... No obstante tampoco descartaban la victoria final franquista e incluían por eso eventuales medidas para paliar las más que probables represalias. Esos serían los antecedentes para la Conferencia internacional que, abierta por Salvador de Madariaga y contando con la presencia de Sturzo se inauguró en París del 30 de abril al 2 de mayo de 1938. Sus conclusiones, referidas a las condiciones para un armisticio fueron enviadas a los gobiernos francés y británico.

Los acuerdos de la Conferencia venían prácticamente a coincidir con los Trece Puntos de Negrín y con diferentes movimientos en el ámbito diplomático para imponer a las partes una mediación a los que no estuvo ajeno el Vaticano si bien su posición, a lo más que llegaba era a tratar de lograr que el gobierno de Burgos aceptara otorgar una paz honorable a los republicanos. Se vivían unos momentos en los que las posibilidades de éxito de dicha labor mediadora parecían concretarse y ello explicaría que la actividad de los comités y del propio Luigi Sturzo se mantuviera activa, logrando una cierta repercusión, si bien la conferencia de Munich de finales de septiembre de 1938, sumada al fracaso de la última gran ofensiva de la República deterioraron seriamente estos intentos pacificadores. En este contexto, el ya prácticamente seguro triunfo final del general Franco, determinaría que el Vaticano lanzara un ataque en toda regla contra las propuestas humanitarias propiciadas por los comités, con gran repercusión en la opinión católica internacional

Como señala en sus conclusiones el autor, Luigi Sturzo fue “una de las más autorizadas voces fuera de coro” respecto de los acontecimientos españoles de los años treinta. Por un lado, al deslegitimar desde el punto de vista de la moral católica la sublevación militar, y reafirmarse en una interpretación no unilateral del conflicto y, por otro, al hacer prevalecer una solución de compromiso que pusiera un término a la carnicería. La posición del sacerdote siciliano, además y su análisis sobre las responsabilidades de la Iglesia española en que se hubiera llegado a un conflicto sanguinario deja en bastante mal lugar a la jerarquía eclesiástica hispana, pero también al mismo Vaticano con sus sutilezas y

ambigüedades que en la práctica se tradujeron en un eficaz respaldo y legitimación de la causa de los sublevados contra la República y su gobierno, salido de las últimas elecciones democráticas anteriores a las de junio de 1977.

Rafael SERRANO GARCÍA
Instituto de Historia Simancas (Universidad de Valladolid)
rafael.serrano@uva.es